

entenderse. A la causa del Rey llevaba influencias femeniles María Antonieta, nerviosa, dogmatizante, intransigente; llevábalas á la causa del pueblo Madame Roland, no menos nerviosa, no menos dogmatizante, no menos intransigente, aunque mucho más sabia. Imposible pudieran entenderse. Los girondinos, colocados bajo la presión jacobina, se metían sin recelos ni escrúpulos de ningún género, con los emigrados, con los curas, con los guardias rurales, con los nobles, á todos los que defendía el Rey con verdadera constancia, rayana en tenacidad, colocado bajo la presión absolutista. Por manera que la Constitución quedaba inmóvil y sin acción, como tirando en opuestos y contradictorios sentidos los elementos encargado de moverla. Así el Rey, un día de mal humor, despidió á los girondinos en la primavera del noventa y dos. Apenas acababa de despedirlos, cuando Vergniaud pronunció su maravilloso discurso contra la nueva Monarquía, no menos fulminante que los discursos pronunciados por Mirabeau contra la vieja Monarquía. Y apenas acababa de pronunciar tamaño discurso Vergniaud, cuando estalló el gran desacato del pueblo al Rey en la terrible jornada del veinte de Junio. Y apenas estalló este desacato, pereció el partido constitucional representado por Lafayette, á quien rechazaron los revolucionarios por demasiado realista y los realistas por demasiado revolucionario. Y apenas pereció este partido constitucional, quedóse dentro de la Constitución el Poder Ejecutivo representado por un absolutista y el poder parlamentario representado por unos republicanos. ¿Qué había de sobrevenir? La revolución. En vano la mitad de la Gironda con Vergniaud y Gaudet, quiso una Monarquía muy liberal; y en vano la otra mitad, con Barbaroux y Madame Roland, quiso una República muy conservadora. Ni pudo ser la Monarquía democrática de los unos, ni tampoco pudo ser la República conservadora de los otros. Sin embargo, los girondinos lo determinaron todo y á los girondinos cayó en lote fatal el responder de todo. Así el primer gobierno parlamentario de la nueva situación producida por el diez de Agosto fué la repetición del último ministerio parlamentario nombrado por el Rey al primer ensayo de la Constitución, ya despedazada. En seguida que se decretó la suspensión del Poder Ejecutivo constitucional. Pasó el derecho de nombrar gobierno al Cuerpo Legislativo. Este cuerpo no tenía más remedio que reunir en un ministerio aquellos que causaran la revolución reciente con aquellos que la hicieran. ¿Quiénes causaron la revolución? Los ministros girondinos al romper con el Rey. ¿Quiénes la hicieron? Hé ahí el problema. Con el crigen de las desgracias nadie quiere cargar; el origen de las venturas se lo arrojan todos. Antes del diez de Agosto se llamaba temeridad al conato revolucionario; después del diez de Agosto se denominaba triunfo de la Humanidad el triunfo de la revolución. Y todos pretendían haberlo conseguido, ó por lo menos, haber cooperado á su consecución en primera línea. Pero Marat desapareció en lo más profundo de la tierra, como un diablo que se volviese al infierno, y Robespierre, á guisa de tímido muchacho, se agarró á las faldas del ama de huéspedes,

la célebre carpintera que lo custodiaba, y nadie pudo sacarle, ni de su casilla ni de sus casillas. El que mayor parte tuvo en el golpe fué Barbaroux por medio de sus marseleses; y aún debe decirse que no asistió al combate titánico del diez de Agosto. No sólo quedaba como autor principal Danton, aunque los recuerdos de aquella noche, contados por la mujer de Camilo Desmoulins, le presten un sueño demasiado tranquilo, para echárselas de autor único del movimiento revolucionario. Mas, si puede disputársele su participación activa en el combate, no puede disputársele su acaparamiento absoluto de la victoria. Su Comunidad revolucionaria, reunida como un verdadero Congreso de fantasmas en aquella noche tremenda, perpetró la revolución, pues por aquel momento crítico predominaba en ella con verdadero predominio, el titánico Danton, á cuya cabeza de ciclope ceñía el sentimiento público por modo indeliberado los volcánicos nimbos de un triunfo semejante al conseguido por los titanes en los escalos del Etna. Volvieron al gobierno Roland y su segundo Clavieres; entraron de nuevo, Lebrun, un abogado, en Relaciones Exteriores, y en Instrucción Pública, Monge, un matemático. Aunque Roland obtuvo la cartera de Gobernación, y así el cargo más político, mientras Danton, obtuvo un ministerio tan técnico de suyo como el ministerio de Justicia; la política se personificó en Danton. Y entre Danton, el Hércules de los revolucionarios, y Madame Roland, la Pitonisa de los girondinos, había empeñado un verdadero combate á muerte. Hay que fijarse mucho en esto para explicar venideras luchas y catástrofes, pues debemos volver los ojos al estado y situación de los Reyes.

¡Cuánto debieron padecer los que un día se creyeran dueños de Francia, viendo desfilar por aquella barra los revolucionarios en tropes, que pedían á una con la destrucción de sus privilegios la destrucción de sus vidas; y escuchando los juicios que formulaban aquellos diputados mismos acerca del proceder suyo en la práctica de su autoridad, constitucional ó absoluta, y del rastro sangriento dejado por sus hechos de indeleble manera en la memoria y en la conciencia nacional! Acostumbrados á oír las lisonjas de sus cortesanos, sólo contrastadas por sublevaciones populares, parecidas á los rumores de un mar lejano, quien, si les cubría la cabeza entonces, sólo alguna que otra vez les mojara los pies, cuántas heridas les abrirían en el corazón, cuántos abrojos les clavarían sobre las sienes, en cuál acerba hiel empaparían sus labios las temeridades vistas y oídas, al aplicarles sobre las almas tantos y tantos exaltados, medio locos ó del todo ebrios, á aquellos calificativos, los cuales repercutirían en sus nervios, á guisa del botonazo de hierro enrojecido que se clava en los filamentos de las carnes. Allí estaba Pétion, el atrevido, hablando por los codos, como un sacamuelas, con gestos histriónicos y fanfarronadas hiperbólicas; tan petulante según su costumbre y tan jactancioso como siempre de su popularidad, ya perdida, por gastada toda en la grande crisis del diez de Agosto; sin percatarse de cómo había cambiado la posición suya, pues días antes era una cabeza ó un cabecilla de los mismos, á cuyos pies ahora caía,

adelantándose á hollarlo estos como primer obstáculo encontrado al perder los grillos de sus cadenas y como primer víctima necesitada por los estallidos de su triunfo. A estas tribulaciones los Reyes recordarían las jactancias del tribuno; los vivas dirigidos al histrión cuando la plebe deseaba desacatarlos á ellos; el proceder que tuviera con su majestad y grandeza, como diputado de la Constituyente, en el viaje de regreso hacia París, desde aquel escollo donde habían encallado, el escollo de Varennes; la entrada del pueblo subvertido en las Tullerías el veinte de Junio; su traidora doblez, como alcalde; y su falsa promesa de protección, al acercarse las olas que determinarían aquel naufragio, promesa cumplida con la representación ridícula de abominable farsa y terminada por el sainetesco recurso de mentida escapatoria. Los labios del desorientado alcalde vibraban de promesas idílicas, incompatibles con aquella tragedia, en la cual, mientras pasaban los Reyes por el acto último, Pétion pasaba por el acto primero. Mas, ignorantes aquellos del castigo preparado sobre tal hombre, les repugnaba su insolencia, provocándoles á esas náuseas, en cuyas arcadas parece que se vomita el alma. Tras este horroroso espectáculo, por aquel cínico revolucionario dado á los Monarcas, venían lecturas de papeles recién subvenidos en los cajones del palacio, conteniendo secretos de familia, recuerdos sagrados, ilusorias esperanzas, proyectos y planes, todos acusadores de inconscientes é indeliberadas propensiones reaccionarias, que á gritos los delataban de pérfidos y de traidores. En aquellos días horribles se desarrolló la causa y sentencia de los Reyes. Allí se vió como nunca pasaran por el sistema Constitucional y nunca se descifren del sistema histórico. Ante los privilegios no había derecho para nada ni para nadie justicia. Los dineros, recibidos del pueblo, que les asignara la representación popular en la lista civil para esplendor y fuerza del poder ejecutivo, como el primero de la nación, pasaba en suma enorme, todo él casi, á mantener las esperanzas de los emigrados intransigentes y la corrupción de los revolucionarios corruptibles. Unos leían las cuentas demostrativas del inmoral derroche; otros recitaban como un papel de tragedia los planes de reacción urdidos entre Barnave y la Reina en sus manipulaciones políticas para impeler la nación atrás; estos rememoraban los esbozos de las fugas innumerables proyectadas; aquellos proferían la fórmula que traspasaba como un puñal asesino los regios corazones: el Comité austriaco, á cuyos empujes corrían los desdichados al patíbulo. Veíase cómo el Rey renegaba de sus hermanos en público, para luego seguirlos en secreto; cómo suscribía disposiciones contra la emigración y después deseaba el triunfo de los emigrados; cómo su cuerpo real quedaba en el trono parlamentario levantado por la nación para santuario de sus derechos colectivos mientras el alma discurría por donde se dibujaba un asomo de reacción y surgía un reaccionario, pues, de buena fe, imaginaba el cuitado estar la salud completa de Francia en las retrogradaciones violentas de un sistemático retroceso. Aquí unos consejeros empujaban, según aquellos reveladores papeles, los Monarcas al proceder de los políticos pesimistas, aconsejándoles

retramientos y abstenciones, propios sólo para precipitar las catástrofes; allá otros llamaban imbéciles á los diputados por haber caído en la trampa de una declaración de guerra, donde solamente hallarían la deshonra y la muerte. Con estas lecturas, á cual más asesina de los representantes del poder real, coincidían discursos, á cual más blasfemo en oídos acostumbrados á los suaves rumores de una perdurable adulación. Quién les llamaba Capetos con desprecio; quién verdugos con rabia. Este les acusaba de ladrones; aquéllos de Borgias. Los jacobinos aseguraban haber visto innumerables nombres en las listas de proscripción ó de muerte; amén del atestado de los muebles vendidos que debían devolverse á la monarquía y á la Iglesia. Presentaban hombres con los brazos teñidos en sangre hasta los sobacos, indistintamente cabezas recién cortadas, como un castigo á la traición, envueltas entre hojas de libelos calumniosos contra los revolucionarios, por todo lo cual exhibían tremendas acusaciones fiscales, en que acababan pidiendo se arrancasen las lenguas regias que los habían dictado. Así, durante tres consecutivos días, estuvo la familia real presenciando sesiones, que duraron desde las siete de una mañana terrible hasta las siete de otra mañana siguiente más terrible, en los senos de aquella representación popular, á la cual tanto aborrecieran; ante un verdadero club, cuyos gritos debían parecerles hervores infernales; tratando por fuerza con los diputados que se les aparecían como sayones de su pasión y oyendo innumerables ofensas que superaban á todos los horrores ideados por la más siniestra fantasía; sobre unas parrillas materialmente, pues sólo á unas parrillas rojas como brasas podía parecerse la caldeada tribuna donde agonizaban, apedreados por ofensas atroces, acusaciones homicidas, blasfemias inenarrables, proyectos de cautiverio hechos para trucidarlos en verdaderas inenarrables torturas, componiendo todo ello sentencias de muerte, tanto más crueles cuanto que ofendían y no mataban.

Si los reyes hubiesen adquirido perfecto conocimiento de las personas, vieran delinearse, allá en las inciertas perspectivas de lo porvenir, el fantasma de sus prontos y terribles desquites, traídos por las necesarias compensaciones humanas, que preside una diosa con cabellera de serpientes, la diosa conocida con el siniestro nombre de venganza. En el estrado de la Cámara se asentaba la presidencia, quien parecía dirigir y mandar aquel Congreso, muy semejante de suyo, tras la noche del diez y la victoria del pueblo, á un cotarro; pero mandaban desde la barra humilde ciertos enviados de la Comunidad improvisada, con apariencias de sumisos peticionarios, y en realidad con fuerza de imperiosos dictadores. Bajo el problema, tratado, para mayor gravedad, ante los reyes, del sitio apercebido á su regia residencia, tabernáculo sagrado para unos de la sacra Monarquía francesa, mientras para otros prisión de la perversa familia real, se contenía, no latente y disimulada, patentísima, de una claridad aterradora, la terrible competencia, que llamamos hoy animal, entre los diputados asidos al postrer asidero, bastante á salvar la Constitución,

y los comuneros, resueltos á que aquel cúmulo de revoluciones, por ellas no presentidas, aunque se ufanasen de haberlas preparado, fuese hasta sus últimas y naturales consecuencias. Dejemos el alcalde á un lado, Pétion, ya suprimido, porque se sumergía y ahogaba en el impetuoso curso de los hechos; no obstante acercarse á los girondinos hasta con ellos confundirse. Aunque le habían llamado gemelo de Robespierre; aunque lo habían puesto en los altares á guisa de Jesucristo, y al primer discurrir de aquellas horas supremas presidía el Municipio, trocado en Comunidad revolucionaria; dos días después de haber llevado en procesión á su padre por los callejones vecinos de la Municipalidad, mientras él yacía oculto simulando aun su cómica prisión, veíasele ya en las sienes el sello indeleble de las reprobaciones radicales que le habían llevado los triunfos de su causa y las medras de su persona, reprobaciones radicales equivalentes á una sentencia de pena capital. Vanidoso; pagadisimo del porte y aire suyos como un lindo don Diego; con apariencias de conquistador y mujeriego, aunque siempre fuera fiel á su mujer legítima; cuidadosamente vestido y puesto como un petimetre; gárrulo y fastidioso en la tribuna, desde donde nunca ejerció influencia en sus compañeros del Congreso, pero fulminante sobre un guarda cantón cuando tenía por auditorio el pueblo subvertido; ignoraba tan pobre y cuitado señor su irreparable caída desde una popularidad, que lo divinizara, en una impopularidad que debía matarlo, por lo cual, mientras los reyes le creían dictador todopoderoso, él estaba como los reyes, poco más ó menos caído, ó como los reyes de amenazado, por la revolución exageradísima, en aquel momento comenzado, que debía concluir por arrancarle, y bien pronto, la vida. El combate mortal entre la Comunidad revolucionaria y el Congreso legítimo se trataba por otros combatientes, á quienes ya iba Pétion estorbando, según las propensiones suyas á restablecer el orden tras tamaño desorden y á prestar caracteres conservadores y gubernamentales al nuevo régimen democrático. Así hay que mirar la posición de los peones en el juego revolucionario, que se abría, si queremos comprender el desarrollo y el término de la partida. Los reyes y los monárquicos estaban ya fuera de juego. Como representantes de la legalidad nueva más conservadora estaban Vergniaud y Brissot en el Congreso con Roland y Clavieres y Servan á su vez en el gobierno; como representantes de la nueva oposición revolucionaria estaban Robespierre y Marat en el Municipio; como representantes de un término medio entre la nueva legalidad conservadora y la nueva oposición radical, estaban Manuel y Danton, á un tiempo mismo en el gobierno legal recién nombrado y en la Comunidad revolucionaria, constituida misteriosamente la madrugada del diez, por la voluntad incontestable del pueblo soberano. Quien deje de la vista ó deje de la memoria tal colocación dada por los sucesos á los factores revolucionarios, no podrá entrar de ninguna manera en el dédalo de la revolución francesa, sin perderse y confundirse; mientras teniéndola en los ojos y teniéndola en los recuerdos, nada tan fácil como la definición de los pensamien-

tos, que parecen por su natural superficie caóticos y la clasificación de los partidos y de sus jefes que parecen huir á todo análisis. Pues la primer batalla, interpuesta entre comuneros y girondinos ante la Cámara con apariencias de demanda jurídica, fué la que por materia tuvo el encierro de la familia, batalla copiosa en escaramuzas é incidentes, perdidos todos por los conservadores y ganados todos por los radicales. Cierto que los girondinos se replegaban cada día más sobre la derecha democrática, no temiendo ya caer en las redes, á la vieja derecha constitucional tendidas por los cortesanos y la corte; cierto que los jacobinos, tan opuestos á la República, dando en rostro siempre con su republicanismo de pura teoría y de abstracto espiritual convencimiento á la Gironda, se las echaban de republicanos radicales después de la victoria del diez, y extremaban sus inclinaciones hacia la izquierda, mientras Danton estaba como erguido é inmóvil entre ambos tumultuosos elementos; pero no menos cierto que los futuros choques entre aquellos elementos, próximos á entrar en mutua fuerza de muerte y exterminio, comenzaban por un germen, al parecer tan modesto, y en realidad tan letal, como el combate y porfía de los nuevos regidores en su Municipalidad omnipotente y los moribundos diputados, próximos á disolverse, ó ya disueltos, mejor dicho, para dejar libre paso á la cercana Convención, la cual debía, no sólo comerse uno á uno todos sus hijos, como Saturno, debía comerse también uno á uno todos sus padres.

El Congreso no hacía más que comunicar al Municipio sus deliberaciones, y cada solución á ellas correspondientes, como un poder inferior á un poder superior. Que defiende el poder de los suizos impidiendo toda venganza popular; que sepa cómo una porción de los vencidos están guardados en el recinto de su vivienda parlamentaria; que promulgue órdenes para la seguridad completa de los parisienses aterrorizados; que conozca cómo Versalles envía mil quinientos soldados á Sain-Cloud en evitación de maniobras reaccionarias; que reciba los joyeles y tesoros extraídos de la Casa real y depositados por el pueblo sobre su mesa; todo esto y mucho más dice al Municipio el Congreso, aunque nada de ello tocase á la jurisdicción ó autoridad de aquél. Y cuando hacía esto con el Ayuntamiento revolucionario un Cuerpo legal tan soberano, como el Cuerpo Legislativo, incapaz de tener con él competencia ninguna, por su autoridad superior y su jerarquía natural, ambas nacionales, al revés de la restricta y localísima jerarquía del Municipio, ¿qué habrían de hacer cuantos poderes al lado del Municipio estaban y en su misma esfera inferior se movían? Pues lo que hicieron: someterse sin chistar. Así, el Ayuntamiento extendió su autoridad allende lo señalado por las leyes, y acaparó sobre todo el poder político, reservado en las principales constituciones del mundo al Congreso designado por los electores legítimos dentro de comicios soberanos; y en todas las Constituciones del mundo completamente prohibido al restricto poder de una corporación administrativa. En esta invasión dentro de facultades, contradictorias, por superiores y ajenas á sus